

Una nación de pueblos. Revueltas y rebeliones en la Huasteca mexicana, 1750-1850*

El libro de Michael Ducey, cuya traducción al castellano hoy celebramos, representa una de esas aportaciones que, de vez en vez, marcan una huella en la historiografía, no sólo por la calidad de su hechura, que cumple cabalmente con todos los criterios que exige el rigor científico y de la disciplina, sino porque marca un antes y un después en el tratamiento de un tema que en las últimas décadas se ha hecho un lugar en el horizonte de la investigación histórica veracruzana y nacional: me refiero a la historia de los pueblos indígenas en el marco del surgimiento del Estado nacional.

A lo largo de sus 352 páginas el autor nos muestra un amplio panorama de la vida y obra de los moradores de las Huastecas, o de la Huasteca mexicana, dividida por la geografía política del país en cuatro estados, pero con características comunes que la hicieron conformar una región más o menos homogénea.

Es común decir que una gran parte del siglo XIX, México vivió inestabilidad política y social, pero, como bien asienta Ducey en esta obra, esa situación no

se puede entender sin tener en cuenta las realidades locales de la sociedad rural, que, por cierto, era donde habitaba la mayoría de la población. Es otra manera de señalar lo que Luis González y González afirmaba respecto de la inversión de los términos que hasta la década de 1960 permeaban la historia nacional: en vez de seguirla construyendo desde el centro, había que mirar a ese centro desde la periferia, reconstruyendo, de esa manera, la historia patria desde la “matria”.

De esta manera encuentra sentido la enorme sucesión de asonadas militares, levantamientos campesinos y de indígenas, las luchas entre bandos por el poder y la imposición de un proyecto de nación llevada a cabo por las élites decimonónicas. Queda así al descubierto el enorme entramado de vínculos, lealtades y clientelismos políticos que van desde los pueblos y las comunidades rurales hasta la clase política, y cómo unos y otros, élites y pueblos, se unen en causas comunes, pero en lucha por hacer prevalecer sus intereses particulares. En palabras del mismo autor, “lo que acontecía en los poblados pequeños determinó la gobernabilidad de la sociedad”.

Con especial detalle, Ducey nos adentra en el entorno geográfico para

* Michael T. Ducey, *Una nación de pueblos. Revueltas y rebeliones en la Huasteca mexicana, 1750-1850*, trad. del inglés al español por Ricardo Rubio, col. Biblioteca, Universidad Veracruzana, Xalapa, 2015.

comprender su complejidad y sus dinámicas. Un territorio ocupado por diversas etnias: nahuas tepehuas, otomíes y totonacos, y bañado por las cuencas de los ríos Pánuco y el Pantepec. Desde los tiempos coloniales muchos de estos grupos étnicos se situaron en la zona más agreste y oculta para huir de los abusos de los conquistadores. Amplias superficies estaban despobladas, principalmente hacia las llanuras costeras, existiendo mayor densidad poblacional en las serranías. Sus pobladores, nos describe el autor, sembraban maíz y frijol, siguiendo con la tradición mesoamericana, pero la región era productora de ganado, vainilla, azúcar y otros productos para el intercambio comercial.

En cuanto a la geografía humana, Ducey nos define los términos que se aluden en la historia por él narrada, como *pueblos*, *república de indios*, *pueblos cabecera*, etc., definiciones que después servirán para comprender cabalmente el devenir de las comunidades, sus costumbres y tradiciones y, por supuesto, su problemática social. Para finales del siglo XVII la región estaba incomunicada y sus mercados poco desarrollados.

Una de las aportaciones de esta obra es explicarnos el complicado andamiaje legal y político en el que se estructuró el régimen colonial español en América, y su concreción en el espacio analizado, el cual posibilitó, desde sus inicios, la inserción de los

indígenas en él mediante la negociación con los líderes de las comunidades para medir el “nivel aceptable de explotación”, entre otras estrategias. En el momento en que las reformas borbónicas, en la segunda mitad del siglo XVIII, hacen su irrupción en el mundo indígena, buscando una mayor fiscalización y control del territorio, imponiendo cada vez más sus mandatos, entonces sobrevino primero la lucha legal y posteriormente la insurrección, como una extensión de la lucha política, pero cuyo objetivo no era desafiar el orden establecido y sus instituciones. Fue esta manera de actuar, oponiéndose a las innovaciones, la que preparó a pueblos y comunidades para afrontar el largo y difícil proceso de construcción del Estado nacional.

Además, el ambiente de esa época era propicio para pensar el papel de los individuos y de las comunidades en un nuevo orden social que se estaba fraguando. Al respecto Françoise Xavier Guerra, en su obra *Modernidad e Independencia*, señala:

Otro rasgo, común a todas las formas de sociabilidad modernas, fue la preocupación por la mejora de su patria, de su país. El argumento de autoridad y la fuerza legitimante de la tradición, tan importantes en la sociedad del Antiguo Régimen, perdían así, poco a poco, su valor y progresaba una actitud activa y crítica que se aplicó primero a lo social y a lo económico y después a *otros campos*; elementos todos que favorecían el cuestionamiento de lo

existente, la búsqueda de soluciones nuevas y también el desarrollo de la utopía.¹

Ducey, en esta obra, nos muestra cómo esa utopía fue intentando materializarse en las Huastecas. Así, la guerra de independencia propició la evolución en las formas de pensamiento, pues las comunidades y pueblos indígenas abandonaron su condición de súbditos y se apropiaron de la de ciudadanos, inaugurando con ello los nuevos términos con el poder central. Una novedad fue el cauce que el movimiento insurgente otorgó a las seculares divisiones de las comunidades y sus conflictos, permitiéndoles una nueva vía para negociar. Mediante su adhesión al movimiento insurgente las comunidades huastecas articularon sus propias demandas e intereses, aprovechando no sólo la coyuntura sino también la nueva retórica política que les ofrecía, al menos en el imaginario, un lugar en la conformación del nuevo país; actuar que se convertiría, como demuestra el autor, en una tendencia a lo largo del siglo XIX.

La lucha entre federalismo y centralismo a nivel nacional constituye otro telón de fondo de las manifestaciones locales de descontento al momento en que México se asume como nación soberana. Con gran habilidad, el autor muestra, una vez más, cómo los su-

cesos nacionales que culminaron con la promulgación de la Constitución centralista tuvieron un efecto en las comunidades, pues ésta representó un regreso a la concentración del poder por medio de la limitación al número de ayuntamientos, la abolición de los cuerpos armados estatales y un aumento en la supervisión de los municipios, lo que atentaba contra la autonomía de los pueblos, acrecentada previamente durante el periodo federalista. El levantamiento de 1836, acaudillado por Mariano Olarte, fue la respuesta armada para detener las acciones que las élites emprendían en contra de sus libertades, y que mostró esa estrecha relación de los pueblos huastecos y su caudillo con las facciones políticas nacionales, especialmente con los defensores del federalismo, al que concebían más cercano a sus comunidades imaginando al país como una “nación de pueblos”.

La llamada “guerras de castas” en la Huasteca entre 1847 y 1848 es objeto de estudio en el último capítulo. En este análisis Ducey muestra de nuevo cómo las diversas interpretaciones que los historiadores han dado a ese movimiento, suponiéndolo de origen eminentemente agrario, requieren de revisiones a la luz de las evidencias documentales. Más allá de situar una sola causalidad, el análisis del discurso rebelde permite ver con claridad la apropiación de los términos de la política nacional y su utilización en la local, re-

¹ Françoise Xavier Guerra, *Modernidad e independencia. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Editorial Mafre, Madrid, 1992, p. 97.

produciendo los sublevados el lenguaje de la retórica partidista y nacionalista de los dos grandes bandos políticos en disputa. Al mismo tiempo se suceden numerosas mutaciones en la estructura política, que tienen que ver con el interés de los caudillos de manejar los asuntos de los ayuntamientos y la acción coyuntural de los pueblos para crecer a expensas de los latifundios.

Finalmente, como señala el autor, la lucha de los pueblos por su autonomía no concretó la aspiración de una nación como liga de pueblos, pero, como él mismo apunta, fue la base que permitió la articulación de los poderes municipales y, por ende, de los

pueblos, con la defensa que los liberales encabezaron contra el Segundo Imperio entre 1862 y 1867.

Con un impresionante aparato crítico, la inclusión de una vasta bibliografía, la consulta abundante de fuentes documentales y el ejercicio crítico y comparativo de fenómenos paralelos en otras latitudes, la obra de Michael Ducey adquiere por sí misma su carta de recomendación. Basten pues estas líneas para invitar a su lectura.

Gerardo Antonio Galindo Peláez
Facultad de Historia,
Universidad Veracruzana